

“PABLISTA”

En este ejemplar de la revista, interrumpo los artículos sobre la batalla de Almansa, para poder presentar en diciembre un artículo referente a la Navidad, como he hecho en años anteriores. En febrero seguiré con el V de la serie, que tratará ya de la batalla propiamente dicha.

Pero vayamos al asunto religioso del que trato esta vez. Hace 42 años, cuando nació mi hija, decidí volver a la Iglesia Católica, después de 18 años de abandono; fui, por tanto, un converso que a continuación se empeñó en razonar su Fe.

Atribuyo principalmente mi conversión a la mediación de la Virgen, a quien tuve mucha devoción en mi infancia; pero también al ejemplo de mis padres y de mi hermano mayor, que me traspasó la tradición de montar un nacimiento cada Navidad en la casa paterna

cuando se marchó para formar su propia familia. Fue una costumbre que conservé, al constituir la mía, a pesar de mantenerme separado de la Iglesia.

Comentando esta vicisitud con un buen amigo, me dijo que me había convertido en un pablista; muy culto y también creyente, aunque se mantiene apartado de la Iglesia, sabía bien por qué me atribuyó tal denominación (cierta exégesis considera a San Pablo como creador de la Iglesia). Yo no me reconocí dentro de tal clasificación, pero en las circunstancias que me hizo tal observación no me pareció oportuno informarle con detenimiento de mi desacuerdo. Sin embargo, me he decidido a darle una explicación en este artículo, esperanzado en que mi exposición pueda ayudarle, y quizás a otros lectores, a volver a la Iglesia.

Después de mi conversión, el texto del Nuevo Testamento, que más me impactó en mis primeras lecturas, fue el Evangelio de San Juan en una edición con comentarios muy trabajados y extensos, aunque ya no al día, del padre Tuya⁽¹⁾. Incluso mi suegro, uno de los intelectuales de más catego-



Por Juan Mº Silvela Milans del Bosch



Belén montado por el autor en las Navidades de 2017 (Fotografía de José Miguel Pérez Iglesias).

ría de su generación en Valladolid, cuando también decidió volver a la Iglesia, me pidió que le dejara el citado Evangelio.

Posteriormente, mis lecturas sobre San Juan me confirmaron su importancia y a sus textos he acudido con mucha frecuencia para reafirmarme en la Fe y saber razonarla dentro de las limitaciones de mi formación y entenderas. Según Juan Chapa⁽²⁾, “no es del todo aventurado afirmar que el Evangelio de Juan es como la cumbre de los cuatro evangelios a la que se asciende tras la lectura de los sinópticos”. Incluso Benedicto XVI⁽³⁾ presentó los resultados del sínodo de los obispos

de Juan 1,2), se hizo carne, y habitó entre nosotros” (Juan 1,14). Este maravilloso prólogo, como aseguraba el Papa, “nos ofrece una síntesis de toda la Fe cristiana”. Otros versículos también me impresionaron y empujaron a buscar estudios recientes que los explicaran con precisión como el diálogo con la samaritana (4,4-42), el discurso del Pan de Vida (6,22-71), Jesús, el Buen Pastor (10,1-21), Jesús y el Padre (14,1-5 y 14,27-31), La acción del Espíritu Santo (14,5-15), La oración sacerdotal (capítulo 17), La Pasión (capítulos 18 y 19)... Según el biógrafo de Juan Pablo II, George Weigel⁽⁴⁾, le fue leído al Papa el

cuatro Evangelios⁽⁵⁾, concluye el de Juan con la aseveración:

“Tanto la Teología como la vida cristiana quedaron en buena parte configuradas por este evangelio, cuyas afirmaciones sobre Jesús resultaron decisivas para la formulación de la fe católica en los primeros concilios ecuménicos”.

En consecuencia, hubiera sido

más apropiado que mi buen amigo me hubiera llamado cristiano juanista. Y pongo cristiano en primer lugar porque la religión a la que volví no es una ideología, ni siquiera una de las religiones del Libro, sino la que propone seguir a Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre. Algo en mi interior me impulsó a ello y decidí posteriormente razonarlo, para lo que acudí preferentemente a este Evangelio.

Más tarde, empecé a leer estudios sobre la vida y cartas de San Pablo. Atribuirle la

creación de la Iglesia Católica en exclusiva es una exageración muy temprana de ciertos investigadores liberales, actualmente superados. Vayamos a ello; el apóstol de los gentiles, cuando sintetiza la Fe, utiliza una expresión técnica, empleada por los maestros de la Ley para indicar que son fieles a la herencia recibida, mediante los verbos transmitir y recibir. Así, en la primera carta a los Corintios (11,23/24) escribe: “Porque yo he recibido una tradición que procede del Señor y que a mi vez os he transmitido: Que el Señor Jesús, en la noche que iba a ser entregado, tomó pan...”; más adelante y en la misma carta (15,3/8), repite: “Porque os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; que se apareció a Cefás y luego a los Doce...”. En Gálatas 1,18 afirma que “Después, pasados tres años, subí a Jerusalén para conocer a Cefás, y permanecí 15 días con él”; sobre su vuelta a la ciudad santa, transcurridos catorce años, insiste (2,2): “Subí

Después de mi conversión, el texto del Nuevo Testamento, que más me impactó en mis primeras lecturas, fue el Evangelio de San Juan

sobre la Palabra de Dios “en referencia constante al prólogo del Evangelio de Juan en el que nos anuncia el fundamento de nuestra vida: el Verbo, que desde el principio está junto Dios (tomado

capítulo IX de San Juan en los últimos momentos de su vida, pues era el Evangelio al que más acudía para rezar.

Por último, Santiago Guijarro, en su excelente libro sobre Los

por una revelación. Y les expuse el Evangelio que predico entre los gentiles, aunque en privado, a los más cualificados, no fuera que caminara o hubiera caminado en vano...” y, más adelante (2,6 b): “los más representativos no me añadieron nada nuevo”. Deja claro, por tanto, que no había inventado nada y que había sido fiel a la tradición palestina.

La atribución a Pablo de la creación de la Iglesia es una consecuencia de la inadecuada aplicación de los métodos histórico-críticos al estudio del Nuevo Testamento. Las investigaciones críticas comenzaron en el siglo XVIII con Reimarus (1768), al que seguirían Straus y Renan. Straus calificaría a los Evangelios de mito. Más tarde, Kähler, al distinguir entre el Cristo de la Fe y el Jesús histórico, aseguraría que era imposible llegar al Jesús histórico; además, atribuiría la autoría de los Evangelios a las comunidades helenas, a las que tachó de manipuladoras y desvinculadas de los ambientes palestinos. Wrede, con su historia de las formas aplicada al Evangelio de Marcos, llegó a afirmar que Jesús nunca se consideró el Mesías y que jamás pensó en constituir una iglesia. Bultmann recogería todas estas teorías, formando todo un cuerpo doctrinal, que no fue fácil desmontar, aunque al fin lo harían sus propios discípulos.

La Iglesia Católica tardaría en reaccionar. En 1964 publicó la instrucción *Sancta Mater Ecclesia*, en la que reconocía la importancia de la aplicación de los métodos histórico-críticos y citaba expresamente la historia de las formas. En 1993, la Pontificia Comisión Bíblica insistió en que:

“...es el método indispensable para el estudio científico del sentido de los textos antiguos. Puesto que la Sagrada Escritura, en cuanto Palabra de Dios en lenguaje humano, ha sido compuesta por autores humanos en todas sus partes y en todas sus fuentes, su justa comprensión no sólo admite como legítima, sino que requiere la utilización de este método”.

Desde entonces y a pesar del retraso, se ha avanzado, de tal manera, que se puede afirmar que la exégesis católica ha superado en muchos aspectos a los más tempranos estudios protestantes y liberales o radicales.

La aplicación de la historia de las formas, durante la primera parte del siglo XX, dejó mucho que desear. Prejuicios académicos,



Detalle del Belén montado por el autor en las Navidades de 2017 (Fotografía de José Miguel Pérez Iglesias).



San Juan Apóstol, dibujo de Juan Antonio Salvador Carmona, dedicado al Arzobispo de Toledo Cardenal Francisco Antonio Lorenzana.



San Pablo; óleo de Guido Reni (1575-1642, Museo del Prado).

Se puede afirmar que la exégesis católica ha superado en muchos aspectos a los más tempranos estudios protestantes y liberales o radicales

doctrinales y teológicos, así como intereses económicos de los editores, cuando no políticos e ideológicos, junto a un abuso a veces premeditado del método, viciaron los resultados.

Después de la II Guerra Mundial, el empleo de la historia de la redacción corrigió gran parte de los excesos cometidos anteriormente. Se habían utilizado hipótesis aventuradas como si fueran

tesis demostradas, basándose en una supuesta evolución del pensamiento griego y sin valorar el desarrollo y variedad del judío.

Así pasó con el concepto “logos” (verbo o palabra) del prólogo del Evangelio de Juan, que consideraron de procedencia griega como principio ordenador del Universo. Sin embargo ya lo empleó Filón de Alejandría a principios del siglo I y seguramente no lo hizo por su formación helenística, pues el desarrollo

de su logos es semejante al de la Sabiduría, que se personifica en los libros sapienciales del Antiguo Testamento. Así en Proverbios (8,22) leemos sobre la Sabiduría: “Jahvéh me poseía en el principio, ya de antiguo, antes de sus obras”. También Proverbios en 8,31 sobre la Creación: “Con Él estaba yo (la Sabiduría) ordenándolo todo...” Y en Eclesiástico (24,14): “Antes de los siglos, desde el principio, me creó y pos los siglos subsistiré”.

La escuela joánica, donde se completó y se hizo la tercera edición de este Evangelio, pudo tomar la idea de la Palabra de Dios para redactar el prólogo de los textos citados del Antiguo Testamento, con mucho más probabilidad que de la koiné. En los targumim nos encontramos con memrá (palabra aramea, correspondiente a logos), que se personifica al igual que la Sabiduría, aunque no como una realidad distinta de Dios. En consecuencia, la comunidad del discípulo amado, de procedencia judeocristiana y en cuyo seno se inició el Evangelio, no debió tener muchas dificultades en asimilar este concepto como propio y tradicional.

Por otra parte, el lobby de los exégetas liberales retrasó la edición de los Evangelios canónicos al menos en cuatro décadas a partir de la muerte y resurrección de Jesús. Todavía hoy, se resisten a adelantar su redacción, a pesar de los últimos descubrimientos arqueológicos e investigaciones “papirologógicas”, porque, para justificar sus teorías, necesitan de un cierto tiempo de manipulación de las fuentes antes de su gestación. Especialmente los racionalistas, para quienes los milagros y profecías sólo pueden explicarse mediante una configuración progresiva en un proceso de mitificación.

No han querido tener en cuenta las conclusiones de diversos estudios “papirologógicos” recientes, como la nueva datación del papiro Magdalena (P-64 con varios versículos de Mateo), realizada por Thiede, que lo considera escrito en la década de los 60; la identificación del papiro 7Q5 (Qumrán), realizada por el jesuita O’Callaghan, como de Marcos 6,52/53 (si fuera un texto de una obra clásica griega nadie lo pondría en duda); y, por último, las nuevas dataciones efectuadas por varios investigadores del papiro Rylands (P-52; con versículos de Juan), que lo sitúan en el siglo I.



Detalle del óleo de Guido Reni, que representa a San Mateo al recibir la inspiración para escribir su Evangelio. (1575-1642; Museo del Vaticano).

Al jesuita francés, Jean Carmignac, investigador de los documentos de Qumrán, se le ocurrió traducir el Evangelio de Marcos al hebreo utilizado por los esenios del citado santuario. Consideró, en principio, que la tarea sería ardua por las diferencias entre la cultura y el pensamiento griego y semita. Pero, al llevarlo a cabo, se sorprendió por la facilidad de su ejecución, pues hasta el orden de las palabras era el requerido por la sintaxis hebrea. Llegó a la conclusión, por tanto, de que era una traducción de un original hebreo. A una conclusión semejante han llegado los exégetas de la Fundación San Justino del Arzobispado de Madrid⁽⁶⁾. Recientemente, la investigadora italiana Ramelli ha aportado pruebas contundentes de que Petronio, el autor del Satiricón, muerto en 66 d. C., conocía este Evangelio; en consecuencia, es posible que estuviera ya exten-

es aventurado afirmar que muchos de los testigos directos estarían presentes, al menos para los sinópticos, lo que constituye un sólido fundamento de su autenticidad.

Con respecto al primer estadio de la fijación de las tradiciones del Evangelio de Juan, que contendría la predicación del apóstol, el relato de la Pasión, los siete signos o milagros escogidos y unas tradiciones básicas compuestas por determinadas palabras de Jesús y los pasajes correspondientes a la actividad de San Juan Bautista, que supondría el 50% del Evangelio actual, puede ser de un origen tan antiguo como Marcos. En estos textos ya se consideraba a Jesús como el profeta esperado para el fin de los tiempos, prefigurado por Moisés. Posteriormente, se añadirían los discursos de Jesús (60%) y esta primera edición tendría probablemente su origen en Samaria. En consecuencia, tam-

Si los evangelios canónicos se leen con detenimiento, no dejan dudas de que Jesús se consideró Mesías, Hijo de Dios e incluso el Hijo único (Mateo: 11,25/30, perteneciente a la fuente Q), que es uno con el Padre (Juan 17,20/25); se llamó así mismo el hijo del hombre, en referencia al misterioso personaje de la visión de Daniel (Juan 7,9-14), con el fin de corregir el mesianismo político imperante entonces⁽⁷⁾; se identificó con el justo sufriente, siervo de Yahvéh, de Isaías (los cuatro cánticos: Isaías. 42,1/7; 49,1/9; 50,4/9 y 52,13/53,12); y, finalmente, se consideró como el profeta definitivo anunciado a Moisés (Deuteronomio 18,15/19 y Juan 1,45 y 5,46). Además, quiso fundar la Iglesia sobre la base de los Doce en representación de las 12 tribus de Israel (Mateo 16,18/19); esto queda claro en el capítulo 21 de Juan, escrito para favorecer la integración de la comunidad joánica en la Gran Iglesia, ya con la comunidad del discípulo amado trasladada a Asia Menor. Algo semejante puede deducirse de los textos de San Lucas al aplicarse el método de la historia de la redacción; uno de los fines del autor fue probablemente acomodar la predicación recibida por las comunidades fundadas por Pablo a lo anunciado en las organizaciones por otros apóstoles.

Pero es que tampoco se puede considerar a San Pablo responsable en exclusiva de la extensión de la Iglesia por el Imperio Romano; en este artículo sería excesivo exponer los argumentos que permiten afirmarlo. Sólo tener en cuenta que antes del año 49 ya había cristianos en Roma. Con ello no pretendo disminuir en absoluto la importancia de San Pablo ni la revelación personal que recibió del Señor. Tampoco minusvalorar su personalidad y su labor extraordinaria, efectiva y heroica de apóstol de los gentiles; lejos de mi tal intención ¿Quién soy yo para ello? Sería un despropósito.

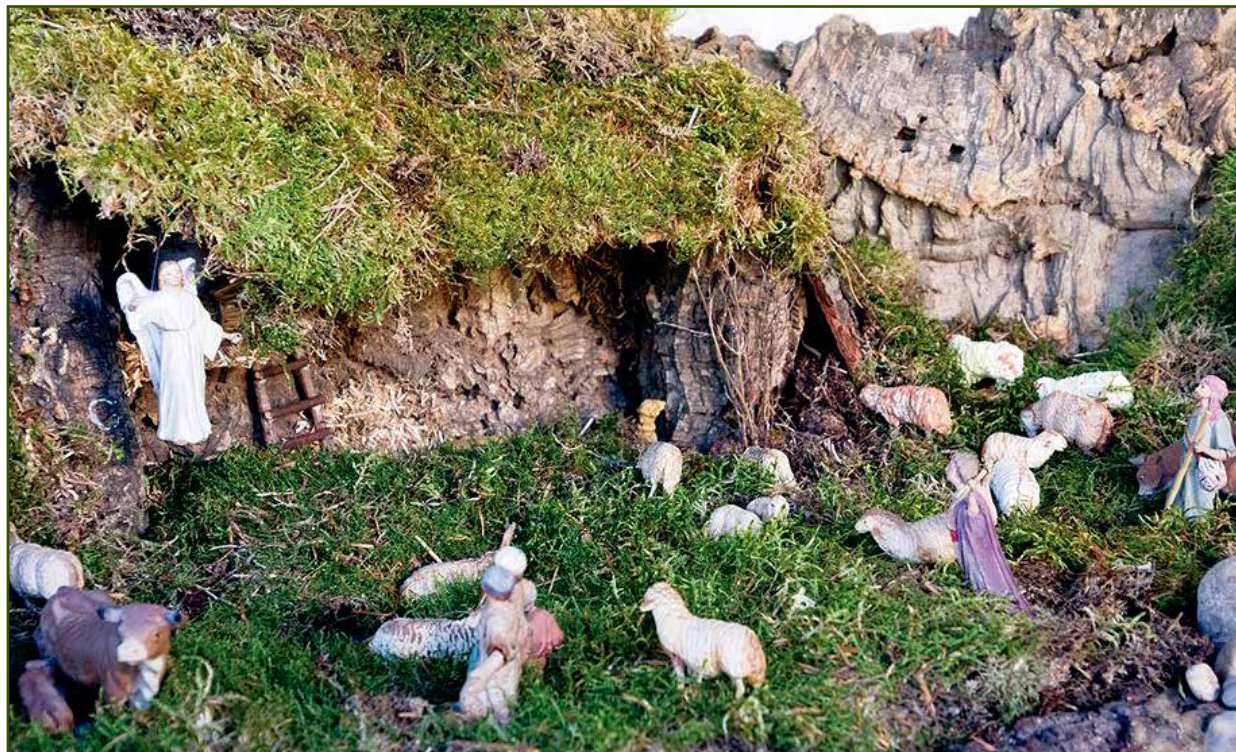
Termino con el convencimiento de que el mantenimiento de la tradición del Belén ha sido más efectivo para mi Fe, que todas las lecturas efectuadas para razonarla. Rezar, durante las mañanas de diciembre antes de salir de casa frente al Niño-Dios, recostado en el pesebre entre la Virgen y San José, con la ilusión de que quizás me necesita, da ánimos para todo el día y para celebrar bien la Navidad. Según San Juan Pablo II, la Iglesia de los (primeros) discípulos prece-

Termino con el convencimiento de que el mantenimiento de la tradición del Belén ha sido más efectivo para mi Fe, que todas las lecturas efectuadas para razonarla

dido por la cuenca del Mediterráneo en los años 50.

Estos estudios obligan a adelantar sustancialmente la formación de los cuatro Evangelios canónicos, de tal forma, que no

poco es aventurado decir que la primera versión de este Evangelio es anterior a la carta de San Pablo a los Tesalonicenses (51 d.C.) y lo mismo puede decirse de la fuente “Q”.



Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y se las has revelado a los pequeños (Mt: 11, 25 b). (Fotografía de José Manuel Pérez Iglesias del Belén montado por el autor en las Navidades de 2017).

dió a la petrina (del cargo y la autoridad), y esto hizo posible la preeminencia de los seguidores sobre la autoridad; es decir de la santidad sobre el poder.

Difundir esta bella costumbre debía ser una obligación para todos los cristianos y no dejemos que reduzcan su exteriorización al ámbito privado o al exclusiva-

mente religioso. Por supuesto que la Fe se propone y no se impone, pero, precisamente por ello, fuera complejos y promocionemos la exposición pública de nacimien-

tos todo lo posible, siempre será una buenísima acción (y efectiva catequesis: una imagen vale más que mil palabras), además de un bien cultural.

Juan M^a Silvela Milans del Bosch

es Coronel de Caballería retirado y ha escrito sobre la historia de la Caballería y su Academia de Valladolid.

NOTAS:

- 1.- Tuya, Manuel de: Biblia comentada. Tomo II Evangelios. Ed. Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid, 1964.
- 2.- Chapa, Juan y otros autores: Introducción a los escritos de san Juan. Ed. EUNSA. Pamplona, 2011.
- 3.- Benedicto XVI: La Palabra del Señor. Exhortación Apostólica. Ed. EDIBESA. Madrid, 2010.
- 4.- Recogido de A Life with Karol: My Forty, escrito por el arzobispo Stanislaw Dziwisz.
- 5.- Guijarro, Santiago: Los cuatro evangelios. Ed. Ediciones Sígueme. Salamanca, 2010.
- 6.- Consideran que detrás del griego se detectan las fuentes originales, orales o escritas, en arameo y hebreo.
- 7.- Vidal, prestigioso exégeta, no está de acuerdo con esta identificación (Vidal, Senén: El documento Q. Ed. Sal Terrae. Santander, 2011). Desde luego en varias ocasiones la expresión aramea bar enash sólo significa hombre, pero en Juan, usado en 13 ocasiones, es destacable que el ciego de nacimiento (9,38) lo reconoce como el Hijo del Hombre, pero tomado por el autor como una confesión de que era el Hijo de Dios y, por tanto, equiparable al personaje venido del Cielo de Daniel.

Tratado de Odontología

Antonio Bascones



EDICIONES AVANCES

AVANCES



ÍNDICE GENERAL

SECCIÓN I
ANATOMÍA HUMANA

SECCIÓN II
BIOLOGÍA CELULAR Y DEL DESARROLLO

SECCIÓN III
FISIOLOGÍA

SECCIÓN IV
BIOQUÍMICA

SECCIÓN V
MICROBIOLOGÍA ORAL

SECCIÓN VI
EPIDEMIOLOGÍA

SECCIÓN VII
BASES FÍSICAS DEL
DIAGNÓSTICO POR IMAGEN EN
ODONTOLOGÍA

SECCIÓN VIII
HISTORIA DE LA ODONTOLOGÍA

SECCIÓN IX
FARMACOLOGÍA

SECCIÓN X
ANATOMÍA PATOLÓGICA

SECCIÓN XI
PATOLOGÍA MÉDICA

SECCIÓN XII

PATOLOGÍA QUIRÚRGICA

SECCIÓN XIII
DERMATOLOGÍA Y VENEREOLÓGIA

SECCIÓN XIV
OTORRINOLARINGOLOGÍA

SECCIÓN XV
PEDIATRÍA

SECCIÓN XVI
ANESTESIA Y REANIMACIÓN

SECCIÓN XVII
MATERIALES ODONTOLÓGICOS

SECCIÓN XVIII
ODONTOPEDIATRÍA

SECCIÓN XIX
ORTODONCIA

SECCIÓN XX
ODONTOLOGÍA PREVENTIVA
Y COMUNITARIA

SECCIÓN XXI
FISIOPATOLOGÍA DE LA OCLUSIÓN

SECCIÓN XXII
PATOLOGÍA Y TERAPÉUTICA DENTAL

SECCIÓN XXIII
ENDODONCIA

SECCIÓN XXIV
RADIOLOGÍA

SECCIÓN XXV
MEDICINA BUCAL

SECCIÓN XXVI
ODONTOLOGÍA EN PACIENTES
ESPECIALES

SECCIÓN XXVII
PERIODONCIA

SECCIÓN XXVIII
ODONTOGERIATRÍA

SECCIÓN XXIX
CIRUGÍA BUCAL E IMPLANTOLOGÍA

SECCIÓN XXX
CIRUGÍA MAXILOFACIAL

SECCIÓN XXXI
PRÓTESIS ESTOMATOLÓGICA

SECCIÓN XXXII
FARMACOLOGÍA APLICADA

SECCIÓN XXXIII
GESTIÓN, ORGANIZACIÓN
Y MARKETING

SECCIÓN XXXIV
ODONTOLOGÍA LEGAL Y FORENSE

SECCIÓN XXXV
EL CONOCIMIENTO CIENTÍFICO Y LOS
DISEÑOS DE LA INVESTIGACIÓN CLÍNICA

SECCIÓN XXXVI
ASPECTOS JURÍDICOS

NOMBRE: APELLIDOS:

N.I.F.: DOMICILIO:

C.P.: POBLACIÓN: PROVINCIA:

TELÉFONO: FAX:

Antes 700€, ahora 500€ portes incluidos.